

que el asunto merece; pues ello exigiría una larga serie de conferencias. Quiero limitarme a deducir una consecuencia, que importa considerar para la conclusión que pretendo deducir.

Lo señalado basta para poner claramente de manifiesto la falta de precisión o de perfecto equilibrio entre la sensación y la percepción; es decir, entre la impresión que un objeto produce en nuestros sentidos y lo que de ella nuestro cerebro recoge.

Pudiéramos creer, fiándonos de observaciones superficiales, que cuanto nuestros sentidos aprecian es notado por nuestra mente; y así debiera ser en realidad si el organismo humano fuera una cosa perfecta, como muchos aseguran. Pero los hechos demuestran, de modo indudable, que nuestra mente sólo percibe una parte, a menudo insignificante, de lo que cada sentido nos enseña. De donde resulta, que nosotros disponemos de aparatos orgánicos superiores a los que nuestra mente necesita, o bien, que nuestro espíritu no está capacitado para obtener todo el provecho posible del uso de sus sentidos.

Si se tiene un concepto finalista del Mundo, el hecho resulta inexplicable. Es una manifiesta imperfección de la naturaleza humana esta falta de coordinación precisa entre los sentidos y el cerebro. Nuestro espíritu dispone de medios de conocimiento que no sabe plenamente utilizar. Los instrumentos que posee nuestro organismo son superiores a nuestra facultad de servirnos de ellos, de tal modo que, bajo este punto de vista, el cuerpo humano es mucho más perfecto que el espíritu, cuando con buen criterio finalista los sentidos debieran estar contruídos exactamente ajustados a la capacidad del cerebro para servirse de ellos, ni más ni menos. Son, sin embargo, mejores de lo que debieran ser; esta es la realidad.

Pero esta imperfecta coordinación es una verdadera anomalía únicamente si se considera la vida orgánica. En otro orden, el hecho de que los sentidos nos proporcionen más elementos de los indispensables para la vida, que es para lo que están

